

Mi amigo el Ardacho

Un cuento de la vida real

A mi hermano Marceliano

Era grande y encantador, de un verde luminoso limpiísimo. Con su cota de malla que le cubría su blanca panza, levemente teñida de amarillo, recias y ágiles patas y su rabo larguísimo y afilado.

Tenía su humilde casa debajo de un canto rodado, que apenas le daba cobijo, que las más de las veces le quedaba su rabo fuera.

Pienso si no sería, cuando aburrido de su solitario deambular por la puerta, por los limitados espacios de sus dominios, que a la vez compartíamos, a mi espera, sin que sus pícaros ojillos me delatasen, y cansado ya, se metía a su morada quedando de tal guisa, como testimonio de su presencia, exponiendo solo su parte más vulnerable, a la vez su mejor arma defensiva, con la que tantas veces, a lo mejor, salvara su vida, mientras dormía sus largas siestas.

Que el bueno y juguetón del Bartolo llegaría sin falta, cada seis o siete días y a veces antes, y a veces después, siempre que por allí pasara. Y allí pasaría un día o dos, enteros, sin que apenas le hiciese otra cosa que olisquearle. Y una vez se pasó un poco, en una graciosa mueca que ya los chuchos suelen hacer desde pequeños; torció su hocico bigotudo, desnudó y enseñó sus afilados dientes de cachorro, quiso cogerle el rabo a mi ardacho, que quedaba fuera y se le fue detrás y quedó al instante en el suelo haciendo desesperadamente culebretas, ante la mirada y el gran susto de Bartolo, que lo miró atento hasta que quedó inerte.

Y así, de tal guisa, mi amigo el ardacho quedaría raboto por larga temporada, y a Bartolo, que se hizo mayor, le fue entrando algo la formalidad y los tres pudimos convivir como buenos vecinos una vez a la semana, o antes o también después, que las necesidades del trabajo mandaba y aquel era el mejor lugar para dejar el ható.

Fue un largo año de ocho meses de trabajo y paciente mi amigo el ardacho aguardó allí, siempre a la espera de mi visita, siempre solo, que jamás le vi acompañado, buscando el sol en la incipiente primavera, cuando nos conocimos; huyendo de la escarcha y rancia nieve del tardío ventero y cuando se entreabre la ventana del otoño, que ya entretanto había pasado por sus buenas siestas a la sombra de agobios del cálido verano; que después buscaría el pobre,

lugar mejor donde pasar el frío y hasta es muy posible que dejase la lúgubre umbría por la más alegre solana, que todo allí está cercano.

Creo que mi amigo el ardacho, con su sutileza heredada de gran reptil antediluviano, supo enseguida que yo no le engañaba, que le dedicaba mi atención con respeto, le ofrecía mi cariño, mi admiración. Y a mis siseos para llamarle, que no encontré nombre para él, creo que me respondía, que ladeaba su cabecita graciosamente y daba brinquitos adelante, hacia atrás y de lado, en su primitiva danza encantadora. Sí, creo que él así me respondía.

Y corría veloz mi amigo el ardacho en busca de cada miguita de pan que le tiraba, que luego engullía con graciosa glotonería, una y otra vez, sacando su finísima lengua, relamiéndose de gusto, que era una auténtica y pura delicia contemplar.

Y cuando Bartolo y yo echábamos la obligada siesta, que esto allí no podía faltar, advertido mi amigo y suspicaz ardacho de que así el peligro sería menor, bajaba en impetuosa carrera la cuesta de su casa y recorría con minuciosidad nuestras estancias particulares, allí donde se consumaban mis necesarias acciones para aquella vida y aquel trabajo, donde migajas de pan y otros manjares no le faltaba y agua abundante para saciar su sed.

Impresionantes saltos, velocísimas carreras, increíbles, le vi dar a mi amigo el ardacho, yendo en pos de un grueso moscardón o succulento abejorro, que buscaban la penumbra de su morada curiosos, ya detrás de una inocente y bella mariposa, que con frecuencia terminaba entre sus feroces mandíbulas, gráciles a la vez que devoradoras inmisericordes.

Contemplé ratos y ratos aquellas siestas de mi amigo el ardacho, cuando el tempero húmedo y frío, sobre una piedra arenisca cálida y receptiva, despachurrado y glotón, como queriendo que ni un solo átomo del calorcillo se perdiera. O la sombra de su mismo pedrusco, cuando el tórrido verano, al pie mismo de la mansión donde residía.

Y mi amigo el ardacho y yo nos contemplábamos mutuamente y algo nos decíamos con los ojos y los gestos, y siempre vigilados de cerca por el bueno de Bartolo, cada vez un poco mayor y mejor perro. Y creo que llegábamos a comprendernos, y aquel año los tres disfrutábamos al compartir nuestro pan y nuestra amistad, el inmenso tesoro que encontramos en tan humildes moradas.

Cuando el verano ya bien caduco dio paso al inestable y romántico clima otoñal, cuando los árboles pierden ya sus hojas caducas un año más, con resignación y recogimiento melancólicos, y a

mi amigo el ardacho ya le había crecido el rabo, ahora convertido en romo muñón amoratado, tomé yo también morada por última vez en aquel ható y noté que mi amigo el ardacho apenas salía ya de su cobijo, como un tanto receloso. Y las migas de pan tenía que llevárselas a la misma puerta de su madriguera, donde él permanecía ahora siempre dando la cara al exterior, triste, un tanto aletargado, frío. Y cuando al ir nuevamente a olisquearlo Bartolo, como en ritual de despedida, recibió el pobre un terrible mordisco que le hizo dar una gran pirueta entre ladridos lastimeros de dolor.

No llegué a saber, ni comprendí un poco siquiera, si fue misterio, capricho simple o realidad, en las que uno, de vez en cuando se para y se pone a vivir, como así vivimos un largo año de ocho meses, mi amigo el ardacho y yo.